

# Buscando la música en sus horas

Searching for Music in Its (His) Hours

Procurando a música nas suas horas

## Luz Stella Angarita P.

Magistra en Literatura, Pontificia Universidad Javeriana; Profesora

Asistente, Departamento de Literatura, Universidad Javeriana.

Ha publicado textos críticos sobre autores colombianos: “La escritura: una migración con el otro”, “Tres historias paralelas en *La novia oscura*”, “Una perspectiva pedagógica de la palabra”. Correo electrónico: l.angarita@javeriana.edu.co

SICI: 0122-8102(201106)15:29<106:BLMESH>2.0.TX;2-5

### Resumen

Este artículo presenta una lectura de tres de los libros del poeta colombiano Juan Felipe Robledo —*De mañana*, *Luz en lo alto* y *La música de las horas*— desde el tópico de la espera, una temática inmersa en sus líneas a manera de cercanía vital, de compromiso con el lenguaje de su tiempo, de cadencia de la incertidumbre y de trajín diario de los días que avanzan por la memoria poética de su autor.

*Palabras clave:* espera, tiempo, asombro, incertidumbre, memoria

*Palabras descriptor:* Robledo, Juan Felipe, 1968. Crítica e interpretación, Poesía colombiana, Literatura colombiana

### Abstract

This article presents a reading of three books written by Colombian poet Juan Felipe Robledo —*De mañana*, *Luz en lo alto*, and *La música de las horas*—, from the perspective of waiting, a theme that permeates the poems as a vital proximity and commitment to the language of the poet's time.

*Key words:* waiting, time, amazement, uncertainty, memory

*Key words plus:* Robledo, Juan Felipe, 1968. Criticism and interpretation, Colombian poetry, Colombian literature

### Resumo

Este artigo apresenta leitura de três dos livros do poeta colombiano Juan Felipe Robledo — *De mañana*, *Luz en lo alto* y *La música de las horas*—. A espera, uma temática imersa em suas linhas a maneira de acercamento vital, no compromisso com a linguagem do seu tempo, a cadência da incerteza e o puxamento diário dos dias que avançam pela memória de um presente que não se esgota nos seus olhos, mas flui em cada verso, construindo a visão do homem desta época que deambula pelo passado poético do autor.

*Palavras-chave:* espera, tempo, assombro, incerteza, memória.

*Palavras-chave descritor:*

Robledo, Juan Felipe, 1968. Crítica e interpretação, Poesia colombiano, Literatura colombiano

AL TRATAR DE observar el presente poético de Juan Felipe Robledo en *De mañana*, *La música de las horas* y *Luz en lo alto*, surge el recuerdo del galardón Sabines que le otorgaron en 1999. Entre los colombianos hubo alegría por el reconocimiento a un compatriota, a un poeta de esta tierra que empezaba a merodear el mundo volátil de la poesía, el no por eso menos perenne de la palabra.

No se hicieron esperar quienes dilucidaron hallazgos novedosos en sus versos largos, desligados con delicada insolencia de lo formal y de la línea habitual generacional que debía haberle correspondido a sus treinta años, llamándolo una promesa de la lírica nacional. Corolario desde el cual se escucha el beneplácito en que están inmersos los comentarios de quienes lo presentan con elogios y respeto por su creación; comentarios que sin duda enriquecen la percepción sobre la obra, al macerar en ellos un doble lenguaje metafórico sobre “el poeta”, sobre “la poesía” como bien común, y desde el sentimiento poético universal referencian la lira de este poeta en particular, conduciendo al lector a zurcir con filigrana su propio acercamiento. Habría que volver entonces a los ojos de Sontag para aceptar que la recepción y la interpretación de una obra dependen del uso que se dé a los códigos con los cuales se apela a un texto, zanjando con esto el que esa pequeña porción perceptible encargada de establecer la cercanía entre el lector y la obra permite indagar por el poeta a través de la voz de otros (17). Es el caso del comentario de John Junieles a propósito de Robledo, en que se recuerda al lector que “[la] vitalidad de una poética consiste en su capacidad de acercarnos a experiencias intuitivas que nos permitan participar de la diversidad del mundo (intuir un orden posible tras el caos de cosas materiales e imperceptibles), y tal vez en un verso suelto encontrar noticias de nosotros mismos” (1).

La opinión de Junieles se acomoda en el centro de atención de la poesía de Robledo, ya que en sus poemas el lector está sujeto a sufrir más de una frustración en el intento intelectual de comprender el modelo para armar en la maquinaria de esa pluma, pues el deleite auditivo se revierte en incompreensión ante su mecanismo interno, y en algunos instantes permite entrever aquello que nos cuenta Beatriz Meza que logró incautar del autor en una confesión:

[...] su poesía casi siempre nace de un asombro<sup>1</sup> o de una molestia. De un torrente muy particular donde se unen el gozo por la existencia y la observación de un mundo terrible. Si bien su yo aparece a la hora de elaborar un texto, hay una abstracción de él y se refirió a una especie de vínculo entre

1 Aludiendo a esa incomodidad que nos refiere Borges cuando filósofos y literatos incesantemente se preguntan, dando lugar a que el asombro se explaye para convertirse en el principio de la filosofía y la literatura, y luego el resultado de su producción sea una de las infinitas opciones de respuesta al asombro.

todos que nos permite estar atados a un mismo tiempo, y de ahí también la obligación que tiene el poeta con el lenguaje de su tiempo para dar cuenta de esa musicalidad, de sus particularidades y cadencias, que necesariamente se sienten allí en la escritura.

En otra versión de su misma voz, cuando el entrevistador de un programa de Radio Francia Internacional le preguntó por ese mundo que se percibe en sus poemas, tan alejado de la realidad de nuestro país, él contestó sin más:

Es necesario mirar por encima de la vida de cada día, mirar a la lejanía, para que el mundo no se nos vuelva esa prosa plana que sin lugar a dudas tiene un peso tan definitivo en nuestra historia, pero es necesario mirar las cosas de una manera iluminada, mirar un poco más allá de nuestra nariz para que también el mundo pueda ser distinto, y eso, sin lugar a dudas, creo que quiere estar presente en mis poemas, esa posibilidad de vivir la realidad de otra forma, y por lo menos una invitación a vivir la nobleza, a vivir en la belleza, una invitación que el lenguaje que está en el centro de nuestra vida nos hace posible. (RFI, *Perfiles*, 2007).

En las dos intervenciones, dentro de este pentagrama poético que advierte Robledo, se le escucha redundar en la idea de hacer visible el lenguaje de su tiempo como una impronta que acecha su quehacer diario, y desata el centro rector de su poesía. Así mismo, el lector, que conociendo o no el trasfondo poético de sus líneas, a manera de cercanía vital vuelve sobre los versos del poeta con la esperanza de atisbar una palabra silenciosa que le permita descubrir el tiempo del que parten esos versos, con la gran fortuna que su lectura no requiere de una búsqueda exhaustiva porque ellos no presentan demora para comunicarlo y consentir que refuljan líneas como:

No olvides que hay desidia en sus actos,  
que la lujuria los lleva a corredores oscuros,  
y que las cáscaras de limón que mordieron con brutalidad todavía están  
/tiradas en la tierra de un jardín fragante.  
(2006, 64).

### **Un azulenco interrogar**

Estas palabras constituyen un hallazgo, permiten acercarse al pensamiento más sentido del poeta, que en este caso está más en el querer que en el ser, en conducirse hacia la respuesta que el destino solicita. En ese sentido, la poesía de Robledo se convierte instante a instante en un efluvio de razones de niñez, de

limpidez en el ser, de presencia persistente ante la incertidumbre del destino, y con ello viene la irremediable espera. Y desde allí, desde la espera, nos dibuja en permanencia esa vida que aguarda. ¿A qué se debe la incesante inquietud que despierta la espera en su obra? ¿Es acaso un escéptico temor hacia la fluctuación de la vida? ¿Refleja acaso su obra un permanente recelo frente al devenir de su tiempo y al suyo propio? A su vez, Cano Gaviria lo define como un poeta joven, redundando en “una rara madurez que impregna sus versos” (s.f), haciéndonos proclives a pensar en la labor del poeta, a inferir qué cableado conecta su mundo, aquél que le tocó vivir, con su ojo crítico desde el panorámico lírico; por ejemplo cuando se le escucha decir:

¿Qué se puede esperar de un tiempo donde se ha olvidado el elemental valor de la cortesía? [...] ¿Qué podemos hacer con nuestra fe en el batallar si no sabemos ya hilar algodón y no conocemos las palabras con las cuales se invoca a una ondina? Incompletud y confusión, bochornoso transitar por las aceras ha de ser la impronta de este siglo. (2006, 19)

Y ante el silencio que dejan esas líneas reflexivas, aparecen una suerte de intersticios interpretativos, mediante una mirada manifiesta: larga, pausada, no triste, no alegre, en medio de la melancolía de quien espera algo que no conoce, esa extraña sensación de saber sin conocer, despertando una convicción sin certeza, de atisbo sin revelar, de definitiva inconsciencia doblegada por *la espera*. Esa intención es diáfana cuando comenta sobre su ciudad, sobre Bogotá:

[...] es una ciudad muy difícil, es una ciudad en la que parece que todo el tiempo como que las cosas van a cambiar, los restaurantes no duran nunca en el mismo sitio, las tiendas están cambiando todo el tiempo, hay como un carácter de transitoriedad en esta ciudad que es muy sintomático de nuestra difícil realidad, no hay nada tan estable, pero eso permite también cosas sugestivas, es decir, nos permite vivir un mundo como que se va a acabar en cualquier momento, y al mismo tiempo, tenemos que inventarnos nosotros mismos para que sea creíble lo que estamos diciendo, o sea, como que la fuerza debe venir del interior de cada una de las personas que viven en esta caótica ciudad, y ésta es una gran fuerza, saber que todo está en manos de nosotros y puede ser inventado y de alguna manera tiene que ser inventado. (RFI, Perfiles, 2007)

Es esa sustancia desatada en que se hallan sus versos, donde se advierte su poesía como un oleaje en busca de la playa, al cual la marea no deja de mecer, y por eso en sus poemas no se observa un resultado aritmético, las preguntas que

perviven en su interior no lo consienten. Sólo después de dejarse mecer al ritmo de su corriente se puede escuchar la voz del poeta y presenciar el conjunto de subversiones conductuales casi hechas un hábito en su verso libre, como bien señala Junieles: “Robledo se las ha ingeniado para romper la ‘rutina expositiva’ del poema a la que nos hemos venido acostumbrando” (1). Y es esa actitud que recorre sus poemas, “tocada por la gracia de una suerte de desesperanza dichosa, [la] que cabe registrar por su novedad dentro de los estados anímicos que han atravesado la más reciente poesía colombiana” (Cano, 1). Unas veces en forma de extrañamiento y otras a modo de preocupación impaciente, las frases de Robledo redundan de lógica su momento en la historia debido a la persistencia de una misma significación semántica, “[...] en un país atravesado por una crudeza que frisa en lo inexpresable y un desprestigio de la palabra que no puede resultar indiferente al poeta” (Cano, 1); y al indagar con insistente frecuencia sobre el sentido de vivir y la escogencia de cómo hacerlo:

Si supiéramos el sentido de lo que hacemos  
no viviríamos, sólo nos deslizaríamos  
entre un dulce conocer y un nulo arriesgar  
y volveríamos a recordarnos lo que no se debe hacer  
y otra vez inventaríamos la historia  
para negar lo innegable, lo que siempre ha sido,  
la común unidad con los de allá,  
en la otra ribera  
(2002, 21).

A partir de este primer hallazgo, en apariencia comienza a resolverse el interrogante en torno de la pesadumbre que acompaña los versos del poeta. No obstante, una nueva inquietud interroga al paso de las hojas en su obra: quizás es sólo una forma de rastrear algo que aparece incompleto en las palabras, en sus certeros temores. Se trata de un firme presentimiento inmerso en la aciaga forma de asirse al presente, mientras se extraña el pasado, y por tanto una vida aún en camino, un futuro por llegar, un tiempo que se mueve entre las tediosas bambalinas curtidas de la espera; y su temperatura está dada por el sondeo cuidadoso de la realidad, de un tiempo irresuelto en la incertidumbre, en las ausencias de la enojosa antesala del existir pausado. Y a pesar de que a lo largo de la obra esta palabra es omitida, *la espera* acecha en medio o al final de los poemas. No quiere decir que cada recodo poético de Robledo se resuma en este tema; pero así como la mayoría de las labores y actividades nobles, como la del maestro, el hortelano o el alquimista, deben comparecer ante un plazo expreso o no, audible o no, su

actitud se confronta con el fluir del tiempo que requiere su actividad y se resuelve en la medida exacta conferida por la espera.

Ha vivido sin dirección por años,  
no ha detenido nunca la marcha,  
trastabillando a cada paso,  
pervirtiendo la íntima historia  
con balbuceos de borracho  
y excusas tontas y alegrías nimias.  
Correr en la brisa parece su sino  
pero la brisa se detiene ahora  
en sus cabellos, recordándole  
la corta estancia bajo el cielo,  
los plazos y el ímpetu perdidos.  
(2002, 19)

Esa “terca independencia, rostro de la inconformidad” (50) que Luque indica como una constante en la poesía nacional, suele ser la mayor tentativa en la poesía de Robledo. A fin de cuentas su obra está llena de incertidumbres abriéndose a la ventana del sueño, aquella que permite indagar por los acontecimientos que se vuelven a sí mismos en forma de incógnita, a la espera del tiempo; susceptible de despertar un día sin velos en la mirada, permitiendo conducir por itinerarios prorrogados a manera de expectativa esperanzada, con plena confianza en ella como una dilación postrera de la existencia, como una forma de la memoria, ésa que en las más de las veces cuesta recordar y plantear a futuro. ¿Será acaso la labor de un poeta en esta época socavar en la confusión de todos mediante su palabra?, sobre todo “porque hoy en día se toma noticia de todo por el camino más rápido y económico y se olvida en el mismo instante con la misma rapidez [que] la falta de pensamiento es un huésped inquietante que en el mundo de hoy entra y sale de todas partes” (Heidegger, 1994, 17). Y en ese orden de ideas...

Si todo ha de desaparecer  
en el extenderse del renunciamento  
y el crepúsculo es nuestro aliado y habitual de siempre,  
no debe extrañar la congoja que nos habita,  
la lentitud de nuestros actos,  
el plano y seco espíritu que distingue a los apáticos.  
Soñábamos con un mundo pleno de astrolabios  
y de moras y de pechos explotando,

mas nos aguarda el desierto que no cesa.  
(2002, 49)

Y frente a los acontecimientos que no cesan aún, impenitente sigue su tiempo, “un rayo de luz atravesando la rendija bajo la puerta” (2006, 35), y sin destellar el día “buscamos un canto reducido, uno del que se han extraído los afeites del lirismo, [...] Y la arena que no deja marchar bien el mecanismo completa su labor, porque sabe que el peso muerto de los días es necesario para afinar el canto” (2006, 39). Pero ¿cómo se sustenta esto en su obra? La sensación de la pregunta recorre la lectura, reflejo de interrogantes implícitos o literales a manera de intertextos que formula a cada paso, reforzados por reiteraciones que circunvalan la mayoría de los poemas. Tiempos que van y vienen, en la existencia de quien transita por ella en medio de la espera. Al recorrer sus versos uno a uno, saltan como espectros de la memoria las nomeolvides o *myosotis sylvatica*, flores que por relación semántica y de color bien podrían ser familia de las *helichrysum bracteatum*, llamadas siemprevivas, flor de paja o flores de papel, dejando así un sello perenne entre sus palabras y el silencio. De esta forma, desde elementos generadores de sentido como las reiteraciones y los silencios que integran y movilizan al lector hacia una cercanía mayor con lo no dicho, y con las figuras que refuerzan lo que sí se dice, hace volver sobre la propuesta argumental de su obra, aquello que la sostiene sin consuelo ni solaz, pero que evidencia un extenso y reflexivo andar porque “el pensar meditativo exige a veces un esfuerzo superior. Exige un largo entrenamiento” (Heidegger, 1994, 19). Frente a la comprensión tácita que las bellas nomeolvides se inyectan de memoria en cada trazo de los versos, al paso de una copiosa floración en tonos azulados, se perfila a cada instante la suerte que les espera a “una servilleta usada ya en el piso” o a “una estampilla que nunca se usó”, equivalentes a “un peso muerto”, todas aquellas cosas que sus palabras nombraron y que no volvieron a existir una vez cumplieron su servicio. Por eso, cuando “en algunos apartes, apreciamos que el poeta bucea en los recordos de su memoria, y sublima y redime con creces las ausencias que lo habitan. [...] nos confronta con la verdad de que el vacío vale por sí mismo, así como una pregunta muchas veces es más necesaria que la respuesta que busca agotarla” (Junieles, 1). De la misma forma, explora en la importancia de activar una pertinente tentativa de contestar con certeza antes de perecer, aunque a veces, después de que el lector franquea el gozo que produce la lectura de sus versos largos, logra convertirlo en el coautor contemporáneo de sus sentimientos, lo mueve a su antojo como pequeñas semillas en el interior de una maraca, dejándolo inmerso en la solícita voluntad en la que pervive la espera, como un sentimiento inherente a

la vida del hombre, pues la suma de la vida humana se resume en la buena espera, es decir, en la necesidad de una llegada o de un encuentro que dé sosiego, y por eso quizás es prudente aceptar la propia condición.

No es arriba, en el cielo, donde encontraremos nuestro destino,  
no es abajo tampoco, porque allí nuestros pies encontrarán el polvo,  
no entre adelfas o nomeolvides hallaremos reposo,  
no habrá pausa en el tiempo de los días álgidos

[...]

Viajamos en medio del espanto,  
padres de gemidos que no se oirán en la brisa,  
y no somos sino días cegados  
y ponientes que se doblan y mañanas para nada  
y delirios de un ayer que tampoco fue mejor.

(2007, 37)

En el personal estilo musical en las horas de Juan Felipe Robledo está la constante esencia que exhorta a pensar cómo despojar los recuerdos en el día a día, cómo reconocer a quien nos rodea, cómo decidir avanzar a cada paso. Pero sobre todo, esa música hace resonar internamente las preguntas sin respuesta que perfila la vista que mira hacia el futuro y, al evocar un talante vital, recuerda que “Así se puede existir” en medio “Del perdón”:

Así puedes vivir como un hombre que ha fallado, ha fallado y quiere enmendarse, ha fallado y abraza sus errores, los contempla y sabe que debe darles golpes para que se espabilen, así se puede existir, amando a los amigos, así vive el que quiere sin temor a los demás, así vive el que atraviesa el llano y sigue golpeando la piedra y no quiere construirse un altar, sino que está vivo y lleno de resolución, y se escapa sin dejar a los otros, y sigue hacia delante, al galope, al trote, con los húsares, los coraceros, los cornetas, los abanderados, los tremolantes dueños del valor, y busca la dicha [...] dueño de su canto, atravesando el río por el vado en el que nadó la dicha para nuestro atrabiliario corazón de trapo. (2006, 35)

Quienes conocieron años atrás una chispa de sus sentimientos doblegados por sus primeros versos pueden concluir ahora que los años descubren lo que ha pasado por su humanidad. En sus líneas ya no están las farfulladas del intelecto de la juventud poética; en esas hileras de palabras está él, con el ánimo desnuda, sin los temblores ancestrales que despedían los miles de espejos borgianos con que nutrió sus lecturas. Hoy, desde una renovada certeza existe él como poeta en

el panorama nacional, pasado por engargolados manierismos, la extensa descendencia de Aurelio Arturo, las pandillas literarias, el motor erótico o el hallazgo de la brevedad (Luque, 1996a, 51-60), aludiendo a los cambios de época pero frecuentando lugares comunes dentro de la historia social actualizada en las distintas expresiones “que diluyen la frontera entre la palabra propia y la ajena y debilitan los límites entre géneros y discursos” (Figueroa, 80). En ese umbral de cambio se sitúa la poesía de Robledo, unida a una distancia temática en la manera de abordar sus “contenidos”, sin excluir los influjos de sus propios deleites poéticos, muchas veces compartidos por tantos poetas. Es posible que ello sea lo que fuerza a reconocer que su obra se posa de frente a lo universal desde una instancia particular, entre lo cotidiano y lo intimista, pues “leyendo a Juan Felipe Robledo se asiste a la ceremonia del nuevo poeta [que] se apropia de lo ya dicho, lo ya expresado, y lo hace revivir en su página: algo reconfortante que nos demuestra que el relevo se lleva a cabo y el decir poético se sobrevive como una sustancia pura a la que la sangre nueva dota, una vez más, de un latido y una pasión” (Cano, 1). De tal suerte, que desde una renovada certidumbre resulta plausible aferrarse a la expectación que produce su obra al resguardarse en la esperanza poética de este tiempo, su tiempo, mientras

[a]ún podemos aprender del corazón su entramado vaivén, el sosiego que nos ofrece sin que nos demos cuenta, podemos coger con una mano al que golpea y dar fuerza a su odio, llenarlo de convicción y extrañado delirio, amamantar su ansia para que así nos demuestre en qué lugar ha puesto el alma, y luego podemos darle un abrazo que sea alegría y verdadero encuentro y olvido después del odio. (2002, 38)

### Obras Citadas

- BLAA. “La música de las horas pasadas”. *Boletín Cultural y Bibliográfico* 67. 2006. Web. 27 de octubre de 2007 <<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boletin67/bol24a.htm> >
- Cano Gaviria, Ricardo. *Juan Felipe Robledo o el reino que (no) vendrá*. s.f.s.l. [s.n.] (artículo inédito).
- Fajardo, Carlos. “La poesía: en la línea de resistencia”. *Cuadernos de Literatura* 3.6 (Bogotá, 1997), 112-18.
- Figueroa, Cristo. “Tres trayectos significativos: la nueva poesía colombiana”. *Revista Javeriana* 141.720 (Bogotá, 2005), 72-81.
- Heidegger, Martin. *Serenidad*. España: Serbal, 1994.
- *De camino al habla*. España: Serbal, 1990.

- Junieles, John. "Dos voces en el viento que pasa. A propósito de *Luz en lo alto*, antología del poeta Juan Felipe Robledo". *Letralia, Tierra de Letras* 12.172. 2007. Web. 23 de agosto de 2007 <<http://www.letralia.com/172/articulo01.htm>>
- Luque Muñoz, Henry. "Tendencias de la nueva poesía colombiana: una carta de navegación". *Universitas Humanística* 25.43-44 (Bogotá, 1996a), 51-60.
- *Tambor en la sombra. Poesía colombiana del siglo XX*. México: Ponciano Arriaga/Verdehalago, 1996b.
- Meza, Beatriz. "Los libros atrapan a Medellín" y "Fuentes de inspiración". El Colombiano.com. Web. 31 de octubre de 2007 <[http://www.elcolombiano.com.co/BancoConocimiento/G/g\\_encuentro\\_sep25/g\\_encuentro\\_sep25.asp](http://www.elcolombiano.com.co/BancoConocimiento/G/g_encuentro_sep25/g_encuentro_sep25.asp)>
- Radio Francia Internacional en español. "Poesía en lo alto". *Perfiles*. 2007. Web. 19 de septiembre de 2007 <[http://www.rfi.fr/actues/articles/082/article\\_2484.asp](http://www.rfi.fr/actues/articles/082/article_2484.asp)>
- Robledo, Juan Felipe. "Deseos para los caminantes". *Golpe de Dados* 35.206 (Bogotá, 2007), 19-40.
- *Luz en lo alto*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2006.
- *La música de las horas*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002.
- *De mañana*. Tuxtla Gutiérrez: Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas, 2000.
- Sontag, Susan. *Contra la interpretación*. Barcelona: Seix Barral, 1984.